

El viejo «TBO»: toda una vida



PROFESOR FRANZ
DE COPENHAGUE

Además de «Natural de Tebas. Pertenece a esta ciudad», nuestro venerable Diccionario de la Real Academia Española define la palabra tebeo de la siguiente manera: «(De *TBO*, nombre de una revista española fundada en 1917). Revista infantil de historietas, cuyo asunto se desarrolla en series de dibujos.» Efectivamente, en 1917 nació en Barcelona una publicación destinada a alcanzar tal popularidad, que terminaría por dar nombre a un género recién nacido en España y que bien pronto cultivarían, además, otras revistas infantiles, como *Pulgarcito*, *Pinocho*, *Pocholo*, etcétera: los «comics». A lo largo de medio siglo, el *TBO* divirtió, y enseñó no pocas cosas, a varias generaciones de niños, marcadas por la dificultad para acceder a tan necesarios dones por otros medios que no fueran los de sus humorísticas páginas.

En los años treinta, y al precio de diez céntimos, *TBO* ofrecía las ocho páginas mejor aprovechadas de la historia de la edición. En una sola de ellas, y a base de chistes, viñetas e ilustraciones reproducidos a un tamaño de escasos centímetros, el lector podía encontrar desde unas «glamourosas» «Ilusiones de Hollywood», protagonizadas por Harold Lloyd o Paul Robeson, hasta la sección dedicada a narrar las gestas de los héroes mercederos de la Laureada de San Fernando, pasando por un sinfín de curiosidades, pequeñas historietas cómicas, fabulosas efemérides e incluso recetas de cocina.

Humor e instrucción

Dos eran las principales características de *TBO*: su afán didáctico y formativo —que llevaba a la publicación a ofrecer, convenientemente ilustrados, episodios llamativos de la historia, semblanzas de personajes destacados por su contribución a aquella o, simplemente, información sobre cómo solucionar pequeños problemas caseros— y lo absur-

En estos días ha aparecido en los quioscos un nuevo *TBO*. Un *TBO* realizado ahora para los lectores de ahora y que seguramente tendrá poco que ver con aquella legendaria publicación que acompañó durante cerca de cincuenta años la historia de este país. Un veterano de los «comics» españoles, Víctor Mora, guionista del *Capitán*

do de su humor. En un mundo sin televisión y con poco dinero para juguetes o para ir al cine, *TBO* significaba, bien aprovechado, muchas tardes de lectura y de imaginarios viajes.

Porque, entonces, las historietas tenían larguísima extensión, mientras que apenas se utilizaba el bocadillo. Dibujantes como los magníficos Opisso, Nit y Benejam —este último, creador en la posguerra de la popularísima familia Ulises—, como Urda, Tínez, Moreno, Díaz, Cuvillier, Soriano, Mestres y el más realista Serra Masana, se hacían cargo de las diferentes secciones. Aunque eran éstas, y no personajes fijos, las que primaban en la revista, Benejam, seguramente el más destacado de los dibujantes del *TBO* —junto con el elegante Coll, a quien tanto aman los partidarios de la llamada línea clara— contaba ya con dos chapuceros héroes del humor, Melitón Pérez, una especie de desgraciado a quien todo le salía al revés, y el explorador Morcillón, al cual acompañaba un negrito llamado Babalú. Pero estas historietas ocupaban escasamente un cuarto de página, en un principio.

Por otros mundos

Y Babalú nos recuerda ahora lo mucho que los negritos salían en *TBO*. Eran personajes habituales de Coll, que los dibujaba con deliciosa estilización y, en general, de todos los colaboradores. En unos tiempos, a menudo marcados por la censura, los negritos, el exotismo, los lejanos lugares se convertían en elementos inofensivos, a través de los cuales se podía burlar la estricta normativa social. Las privaciones, el hambre y las consiguientes pillerías y picardías, junto con los sabios locos y su ciencia, constituían otros temas típicos de la revista, que contó así con la famosísima sección de «Los grandes inventos de *TBO* y más tarde con un disparatado presentador de ellos, el profesor Franz de Copenhague. Secciones para las que trabajaban varios dibujantes de la publicación, entre ellos, y especialmente, Nit, Benejam, Savatés, etcétera.

Quizás estos grandes inventos y la historieta seriada de la familia Uli-

ses son los más característicos exponentes del *TBO*. En los inventos encuentra expresión la manera absurda de hacer humor que impregnó la revista y gran parte de las manifestaciones culturales en los años treinta y cuarenta. En la Familia Ulises se retrata la España del subdesarrollo y la vida en ella, con una lucidez y un sentido narrativo extraordinarios. Los enloquecidos inventos del profesor Franz y las cotidianas peripecias de los Ulises marcaron, en efecto, dos líneas de humor gráfico que fueron seguidas por todas las publicaciones de la época.

Decadencia y muerte

La competencia que *TBO* encontraba en las revistas de Bruguera después de la guerra, revistas que, como *Pulgarcito* y *DDT*, agrupaban a dibujantes de la talla de Escobar, Cifré, Peñarroya, Vázquez, con series tan populares como *Carpanta*, el reporter Tribulete, las hermanas Gilda, la familia Cebolleta, etcétera— y también en otras publicaciones, como *Jaimito* y *Pumby*, de la Editorial Valenciana, pronto le arrebató a nuestra revista su exclusivo reinar en el corazón de los pequeños lectores. Por otra parte, y a partir de 1950, los tebeos de aventuras realistas venían experimentando un gran auge en nuestro país, y ello debió contribuir también a la lenta decadencia de esa publicación pionera que aguantó, no obstante, en el mercado hasta los sesenta.

Poco después, en nuestro país empezó a morirse lentamente la industria editorial, no sólo de ese *TBO* sino de todos los tebeos. Mortadelo y Filemón son los únicos que han permanecido desde entonces con buena salud por lo que respecta al humor. En cuando a los cuadernos de aventuras, ni uno solo consiguió mantenerse. Se ve que eran cosas de otro mundo. Los dibujantes españoles, numerosos y buenos como en pocos países, se vieron obligados a trabajar, por medio de agencias, para el extranjero, y tan sólo después de la muerte de Franco pudieron ver el renacer de los «comics» en España.

Pero ello tiene ya poco que ver con nuestro viejo *TBO*.

Ana SALADO



El afán didáctico absurdo fueron del viejo

El nuevo «TBO» personajes e realidad

vida que vuelve a empezar

La pócima y el historietista

El «TBO» ha vuelto por tercera vez: esperemos que para quedarse. ¿Cuándo se eclipsó el primero? No importa tanto la fecha, sino las circunstancias; se fue apagando poco a poco, guadianeando, convirtiéndose en regalo para los niños que compraban determinada chocolatinas, asistían a tal o cual matinal cinematográfica. Incluso llegué a tener la sensación de que se adelgazaba, que su papel se volvía más y más transparente hasta la extinción a mediados de los setenta.

En su segunda venida a la tierra anduvo dirigido por Joan Navarro, el artífice de la estupenda «Cairo», sin duda la mejor revista de «comics» que jamás se haya hecho en nuestro país. Precisemos: he dicho «revista de «comics»». «TBO» era otra cosa, aunque sus tres letras dieran pie a un neologismo aglutinador. A Navarro le cayó del cielo el encargo de relanzar el fenecido «TBO» de manos de Bruguera, una editorial por aquel entonces —año 86— al borde del desastre: cuando éste se consumó, el Neo-«TBO» se hundió con todo el equipo. No era, a mi entender, un tiro bien embocado: por cuestiones legislativas se vieron obligados a prescindir en casi total medida del sabrosísimo material antiguo, echaron mano de una serie de historietas de discutible interés y, lo peor, se equivocaron al encomendar el producto a un lector adulto y dotarle de periodicidad semanal en un momento en que el sector estaba sumido en franca crisis y cerraban revistas por todos lados. Como consecuencia, la segunda etapa del «TBO» se saldó con siete números y un abrupto cierre. El tercer «TBO» se presentó la pasada semana en Barcelona, como ya reseñamos en la edición de ABC Cataluña, bajo la dirección de Víctor Mora, el creador de «El Capitán Trueno» y hombre de acrisolada pasión por el género. Decíamos entonces, enjuiciando el número uno, que lo que ganaba siguiendo de raíz cualquier vaguedad destinataria lo perdía un tanto buscando jugar sobre seguro por encima de todo.

Su baza básica estriba evidentemente en la recuperación del acervo: un cuadernillo central de diez páginas, «El «TBO» de siempre» es

su nombre, hace desfilar, feliz parada, a la familia Ulises, al profesor Franz de Copenhague y sus inventos, a Josechu el Vasco y demás parroquia de viejos conocidos. Sección, pues, de éxito cantado, e igualmente destacable resulta la recuperación de Vázquez —ya iniciada por «Complot»—, si bien puede



acabar fatigando la primacía del texto (esos bocadillos rebosantes de carne verbal) sobre el «gag» visual y silente, que fuera vazquiana piedra de toque en las páginas de «Angelito» o «Anacleto, agente secreto». Un segundo bloque del semanario está dedicado a materiales relativamente pretéritos, pero de interés indudable: extractos de «Mad», en los que conviene vigilar la proliferación de «chelismos» (nada envejece tan pronto como el argot presuntamente juvenil, y no es otro el lastre de «Chicha, Tato y Clodoveo», acaso lo más flojo que jamás haya dibujado el gran Ibáñez, para poner un ejemplo ajeno), dobles páginas de Gotlib procedentes, si no me equivoco, de «La Rubrique-a-brac» (y horriblemente coloreadas, un fallo a subsanar ya), amén de apuntarse un tanto capital con el estreno absoluto de «Le Pekinois», el ultimísimo y siempre hilariante Pétillon, aunque por extrañas razones su detective Palmer aparezca rebautizado como Jack Pelman.

El mayor problema del nuevo «TBO» es extensible a la práctica totalidad de las revistas nacionales de «comics»: pura y simplemente, no hay historietistas dignos de ese nombre. Hay aciertos aislados, destellos efímeros y mucha, muchísima morralla, acaso porque hasta ahora hemos carecido de unos vehículos que permitan el desarrollo del género. Tenemos sugestivos humoristas de tira diaria, como es el caso del satírico Montesol, pero poco percal

se corta en semanarios o mensuales, quizá porque los grandes del «comic» actual se dividen en creadores que no trabajan la página, sino el álbum o la historia en seis o más páginas —caso de Pere Joan, Mique Beltrán, Max— o se mueven entre la abstracción conceptual —Cifré, Micharmut— y la ilustración pura y simple —de Javier de Juan a Calonge— quedando el formato de historieta limitado a muy pocos de la joven guardia: pienso ahora en «Perico Carambola, en la cresta de la cola», de Gallardo e Ignacio Vidal Folch (antes Molina), quizá lo más granado del género.

Así las cosas, siguen mandando los grandes: hoy por hoy, a la flamante escudería de este tercer «TBO» (Esegé, Pasqual Ferry, Purita Campos, Sempere) les faltan muchas horas de vuelo... y la receta mágica, que quizá se perdió en algún recodo de los años sesenta, del mismo modo que desapareció el toque dorado del gran cine americano o el esplendor sinfónico. ¿Podría cernirse ese polvillo sagrado, delimitar los elementos de la pócima en que mojaban sus plumas Benejam, Urda, Coll, Blanco, Sabatés, el grandísimo Opisso? Hay quien dice que el hambre y las privaciones de la época aguzaban plumas e ingenio, pero eso es tanto como insinuar que el arte funciona mejor con privaciones y censuras. A los actuales dibujantes del «TBO» les falta, creo yo, más vida y menos blandenguería. El primer «TBO» estaba atravesado por una enorme violencia interna, la violencia de la vida como es —la familia Ulises, con su impresionante cúmulo de bondades y rapacerías— o de la vida que no ha podido ser, ese mazo que me resistiría a encorsetar en lo político y que achataba, comprimía a las criaturas de Blanco, esas tenazas que alargaban las figuras de Coll, machacando, estilizando, creando una nueva realidad, pero sin perder nunca de vista las verdades y las luchas y anhelos de todos los días. El tercer «TBO» acaba de nacer: ojalá recoja y amplíe la herencia, el poso de aquella reconcentrada vida.

Marcos CRDÓNEZ

y el humor de las características «TBO»

«TBO» incorpora historietas de la actualidad